

Suzanne Allain

LA LISTA DE

Mr. Malcolm



Él buscaba la dama perfecta,
pero el destino tenía otros planes



ESPASA

SUZANNE ALLAIN

LA LISTA DE MR. MALCOLM

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello


ESPASA

Título original: *Mr. Malcolm's List*

© Suzanne Allain, 2009, 2020

Publicado de acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, división de Penguin Random House LLC

© por la traducción, Traducciones Imposibles (Pura Lisart e Isabella Monello), 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-670-6526-8

Depósito legal: B. 1596-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

El honorable Mr. Jeremy Malcolm, segundo hijo del conde de Kilbourne, era el soltero de oro de la temporada de 1818, año de nuestro Señor. Bien era cierto que no poseía título propio y tan solo se trataba del menor de los hijos, pero su tía por parte materna le había dejado la mayor parte de su cuantiosa fortuna y una enorme casa de campo en Kent.

Disponía asimismo de un patrimonio personal por el que valía la pena recomendarlo. Solo las más ambiciosas damiselas pasarían por alto al apuesto Mr. Malcolm en pro del marqués de Mumford, quien tendría al menos cincuenta años y carecía de barbilla, por el mero privilegio de escuchar a la gente referirse a ellas como «milady».

¿Qué clase de mujer preferiría que la llamaran «milady» cuando podía disfrutar del exclusivo honor de ser Mrs. Malcolm?

Sin embargo, empezaba a parecer que ninguna mujer disfrutaría jamás de aquel inconmensurable privilegio.

Y todo porque, aunque no era un ermitaño, ni mucho menos, y asistía al club Almack, además de a muchos otros bailes, festejos y asambleas, Mr. Malcolm se estaba labrando la reputación de frívolo, rompecorazones y destructor de los sueños de las jovencitas.

—¿El qué? —le preguntó Malcolm a su amigo lord Cassidy cuando este le reveló el mayor rumor que circulaba sobre su persona.

—El destructor de los sueños de las jovencitas —repetió Cassie pronunciando lenta y cuidadosamente.

—Sandeces —contestó Malcolm mientras se giraba para escudriñar el salón de baile y observaba a una hermosa debutante en concreto.

—Quizá los rumores sean ciertos. Bañaste en atenciones a mi prima Julia y ahora llevas una semana sin dignarte a presentarte ante ella.

Malcolm se dio la vuelta para contemplar a su amigo con una ceja enarcada.

—Acompañé a tu prima a la ópera. Una vez. No la bañé en atenciones.

—Lo que ocurriera en realidad no viene al caso. Lo que importa es lo que habla la gente. ¿Y sabes en qué posición dejó a Julia que no volvieras a ponerte en contacto con ella? Se pasó dos días enteros encerrada en su alcoba porque no quería toparse con nadie.

—Si eso constituye un comportamiento habitual de Miss Thistlewaite, entonces no tiene motivo alguno para quejarse cuando la gente la critique.

Cassie no contestó, dejó que su silencio hablara por sí solo. Dibujó una expresión herida en el rostro y,

aunque Malcolm defendía a capa y espada a su amigo siempre que se comentaba lo mucho que se asemejaba a un sabueso, no pudo negar que el parecido era particularmente innegable cuando este se enfurruñaba.

—Siento de veras que tu prima se haya convertido en el blanco de habladurías, Cassie. —Los enormes ojos castaños continuaban mirándolo fijamente llenos de reproche—. Mi intención no era afligirla, pero tampoco pienso pedirle la mano en matrimonio a una mujer por el mero hecho de haberla llevado a la ópera.

—Nadie ha dicho que tuvieras que hacerlo —recriminó Cassie.

—Quizá no, pero es lo que quieren. ¿Qué sueños son los que se me acusa de destruir? Los de desposarse con el «soltero de oro de la temporada» con mi fortuna y patrimonio en mente. La única forma que tengo de cumplir con las numerosas expectativas que he suscitado es convertirme en polígamo. Solo con que hable con una joven dama, ella ya está imaginándose caminando hacia el altar.

—¿Y por qué no eliges a una muchacha y le pones fin a todo esto? —inquirió su amigo.

—¿Por qué crees que he venido esta noche? Quiero encontrar a una esposa adecuada a toda costa.

—¿Qué tiene de malo Julia? En general todos comentan que es una muchacha hermosa —replicó Cassie, aunque apenas podía mirar a su amigo a los ojos. Julia había coaccionado a su primo para que descubriera qué había hecho para granjearse el desagrado de Malcolm. Cassie trataba de cumplir con su deber

como primo al sugerir a Julia como una pretendiente apropiada, pero se sentía incómodo al hacerlo. Él sabía mejor que nadie lo irritante que podía llegar a ser.

—Tu prima es sin duda hermosa —aseguró Malcolm—, pero no es la muchacha indicada para mí.

—¿Por qué no? —insistió Cassie.

—Lo desconozco —reveló Malcolm mientras se encogía de hombros—. Pestaña demasiado.

—¿Qué? ¿Que pestaña demasiado? ¿Acaso es esa la razón por la que no volviste a hablar con ella?

—Era muy molesto. En varias ocasiones llegué a pensar que se estaba quedando dormida. Una vez me pareció que estaba a punto de desvanecerse, así que la agarré del brazo. Eso sí que hizo que abriera los ojos en un santiamén. Creo que pensaba que el aleteo de sus pestañas me había incitado a pedirle matrimonio.

Cassie sacudió la cabeza, esos ojos caninos suyos expresaban su decepción.

—No me mires así, Cassie. No fue la única razón que me empujó a descartar a Miss Thistlewaite.

Malcolm metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó un trozo de papel. Lo desdobló mientras Cassie intentaba echar un vistazo por encima de su hombro. Le pareció que se trataba de una especie de lista. Malcolm la estudió con detenimiento mientras su amigo se esforzaba por ver lo que ponía. Pudo leer «que posea talento musical o artístico» y «que tenga parientes refinados» antes de que Malcolm agitara el papel de forma triunfante ante su rostro cuando dio con lo que estaba buscando.

—Aquí lo tienes. El número cuatro: «Que converse de manera juiciosa». La única clase de conversación de la que goza Miss Thistlewaite es la que solo se compone de comentarios coquetos o cumplidos pomposos. Cuando le pregunté qué opinión le merecían las Leyes de los Cereales, me contestó que moderar la dieta tenía sin duda un efecto saludable.

Cassie no mostró diversión alguna al enterarse de la metedura de pata de su prima. Cambió de tema de forma apresurada, como si no quisiera verse involucrado en una tediosa discusión política.

—¿Qué es eso, Malcolm? ¿Es una lista? —Cassie trató de quitársela de la mano, pero Malcolm la dobló con premura y la devolvió al bolsillo de su chaleco.

—Así es.

—¿Has redactado una especie de lista de las cualificaciones que necesita una esposa? —preguntó Cassie con la voz más aguda de lo normal.

—Sí, ¿y?

—Pues que, en mi opinión, resulta tremendamente arrogante por tu parte. No me sorprende que no puedas conformarte con nadie. Quieres que cumplan con una serie de requisitos, como, como... un caballo pericón que estás comprando en las subastas de Tattersalls.

Malcolm aprovechó la analogía de su amigo.

—Exacto. Dispongo de requisitos muy explícitos en lo que a abastecer mi establo se refiere. ¿Por qué no debería tener condiciones incluso más estrictas para una esposa? Es completamente absurdo pasar más

tiempo examinando un caballo que una esposa, una compañera de por vida que verás mañana, tarde y noche.

Como Cassie constituía ese arquetipo de hombre inglés que consideraba a su caballo un compañero de vida al que ver cada mañana, tarde y noche, era posible que el argumento de su amigo no hubiera causado el impacto deseado. Se limitó a murmurar:

—Antes de lo que crees, la estarás poniendo a prueba y comprobando el estado de sus dientes.

Tras la conversación con Malcolm, Cassie evitó a Julia durante casi una semana, pero, una vez recibió su tercera misiva, se personó en casa de su tía. En su carta, Julia declaraba sus intenciones de visitarlo ella misma sin acompañante y él sabía de sobra que su prima era lo bastante impulsiva para implicar a ambos en un escándalo si la importunaba lo suficiente.

Esperó a Julia en el salón mientras miraba a su alrededor con desaprobación. Todo era de una elegancia impoluta, pero su tía había llevado demasiado lejos su empeño en seguir la reciente afición del príncipe regente por el estilo chinesco. Cada sofá o reposabrazos estaba adornado con una cabeza de dragón, y había un aparador repleto de porcelana, animales de cerámica vidriada y piedras esculpidas. Estaba examinando de cerca una pieza de arte, una estatuilla de un león con la boca completamente abierta en una sonrisa agresiva, cuando su prima le habló al oído.

—No muerde, ¿sabes?

Se sacudió con violencia debido al sonido de su voz, y ella se rio al ver el éxito de su sorpresa.

—Tienes los modales de una pescadera de Billingsgate —espetó él mientras esperaba que su prima se sentara antes de intentar doblar su cuerpo desgarbado en una de las incómodas sillas.

—Es imposible que lo sepa, pues no me mezclo con plebeyos como haces tú. —Acalló con una mano su réplica indignada y dijo—: No te preocupes, no le contaré a nadie que te intimida tanto una pieza de porcelana. —Cassie empezó a tartamudear otra vez, pero Julia se apresuró a ir directa al grano—. ¿Qué ha dicho Mr. Malcolm? Me prometiste que hablarías con él en el baile de lord Wesleigh y no he sabido nada de ti desde entonces.

Cassie contempló a su prima irritado; maldecía su suerte por obligarlo a estar emparentado con una muchacha así de egoísta y malcriada. Ninguno de ellos tenía hermanos y solo se llevaban unos años, por lo que sus padres los habían forzado a hacerse compañía el uno al otro desde la infancia. La disposición conciliadora y tolerante de Cassie no era rival para la naturaleza contundente de Julia, así que desde una temprana edad se había acostumbrado a acceder a todas y cada una de las barbaridades que esta le exigía. Julia había sido una niña bonita que se había convertido en una hermosa mujercita con cabellos caoba, ojos color verde claro y rasgos delicados. Sus aires de fragilidad inocente todavía conseguían ocultar su verdadera

personalidad a la mayoría de la gente, pero a Cassie no podía engañarlo. Su prima no tenía nada de frágil.

—¿Y bien? —preguntó tamborileando los dedos con impaciencia sobre la cabeza de un dragón.

—Pues verás, Malcolm estuvo de acuerdo en que eras una muchacha hermosa...

—¿De veras? —inquirió Julia con una expresión de plácida sorpresa en su rostro—. Eso son buenas noticias. La verdad, pensaba que lo había disgustado de algún modo. Son mejores noticias de lo que esperaba...

—Espera —intervino Cassie interrumpiendo así su júbilo—. No está interesado en ti en absoluto.

Cassie no tenía intención de hacer una declaración así de terminante y sintió una punzada de culpa cuando el rostro de su prima se descompuso. No soportaba ver llorar a ninguna dama, con lo que se apresuró a prevenir las lágrimas que le pareció ver acumuladas en sus ojos.

—Tiene una lista, ¿sabes? Y no has cumplido con el cuarto requisito. Yo también habría fracasado, pues no tengo interés por la política y siempre he considerado las Leyes de los Cereales particularmente confusas. En fin, ¿qué más dará que cultiven el maíz en Berkshire o en Francia?

Julia no contestó, pero a Cassie le complació ver que ya no parecía haber ningún peligro de que se echara a llorar. De hecho, tenía un aspecto casi feroz.

—¿Tiene una lista? —preguntó con una voz calma en demasía.

—Sí, bueno, debo admitir que al principio no me interesaba en exceso la idea, pero cuando me lo explicó pude entender su punto de vista. ¿Y si la muchacha cojea de alguna pata?

Julia ignoró la aparente incongruencia y trató de volver al tema de la conversación.

—Me gustaría saber qué pone en esa lista, Cassie. ¿La has visto?

—Sí, pero no te haría bien saberlo. Ninguno. Incluso aunque pasaras la prueba de las Leyes de los Cereales, tus pestañas le irritan sobremanera.

—¿Mis pestañas? ¿Acaso ese hombre es un perturbado mental?

—No, para nada. Simplemente es que no puedes embaucarlo con tus tretas. Detesta las artimañas de coqueteo.

Julia se levantó de su asiento para recorrer furiosa el salón de un lado a otro mientras farfullaba frases como «un descarado de tomo y lomo» o «¡será vanidoso!». Cassie se puso en pie a la par que su prima, pero esta le indicó con la mano que regresara a su asiento, donde se retorció con nerviosismo, ya que de repente se percató de que se había ido de la lengua.

Cuando Julia detuvo su caminata de forma abrupta y comenzó a sonreír, Cassie se sintió todavía más inquieto. Había visto esa expresión en el rostro de su prima más veces de las que podía recordar y siempre auguraba algo malo.

—Tengo una idea de lo más brillante —anunció ella.

—No sé por qué, pero lo dudo —contestó él a la pobre muchacha.

Selina Dalton, quien no esperaba nada mucho más interesante que una carta de sus padres, fue la atónita receptora de una invitación de su vieja amiga de la escuela Julia Thistlewaite.

Había esperado la invitación cuando le escribió a la muchacha haría ya cuatro meses, pero, al no recibir respuesta a su carta, lo había dado por perdido. Julia siempre había sido una amiga complicada, que cambiaba de parecer de la noche a la mañana, por lo que a Selina no le había sorprendido demasiado que se negara a aceptar su previa amistad. Le impresionó mucho más que por fin la hubiera invitado a quedarse en la casa de las Thistlewaite en Berkeley Square.

Selina emitió un chillidito de deleite ante la perspectiva antes de mirar a su alrededor sintiéndose culpable. Pero, por supuesto, no había nadie que pudiera oírla. Como era habitual, estaba sola en el salón de su antes señora, en Bath.

Mrs. Ossory había sido un ama de lo más benevolente y Selina había llorado con pena su muerte hacía cuatro meses. Habían vivido en armonía juntas durante tres años una vez que Selina aceptó su puesto como acompañante. Sus tareas no eran en absoluto pesadas y ambas se habían hecho compañía mutuamente. Incluso una vez fallecida había sido generosa, pues le había legado una pequeña dote.

Sin embargo, Selina no podía vivir indefinidamente en la casa de la ciudad de Mrs. Ossory, ya que se la había dejado en herencia a un sobrino suyo. Y, desde luego, no quería regresar a la diminuta parroquia de Sussex en la que su padre servía como vicario. Cuando aceptó el puesto con Mrs. Ossory guardaba esperanzas de comprometerse con un caballero decente mientras viviera en Bath. Sus padres no tenían dinero para una temporada londinense, pero, cuando Mrs. Ossory, una conocida lejana de su madre, mencionó que andaba buscando una acompañante, Selina aprovechó la ocasión. Aquella era su oportunidad de experimentar la vida fuera de la vicaría. Y quizá, si conseguía un enlace propicio, podría estar en la posición de respaldar a sus hermanos y hermanas pequeños.

Selina había disfrutado de su estancia en Bath y no se arrepentía de los tres años que había pasado allí, pero sentía que le faltaba algo. El círculo de amistades de Mrs. Ossory se había convertido por necesidad en el suyo propio, y entre ellos ninguno bajaba de los cincuenta años. Echaba en falta relacionarse con quienes compartiera edad e intereses, y sentía que quizá podría encontrar dichas conexiones en Londres.

Sin embargo, era consciente de que una jovencita de veintidós años no podía vivir sola, por lo que le había escrito a Julia, que sabía que podía abrirle las puertas a la sociedad que buscaba. Y, hela ahí, por fin había recibido la preciada invitación.

Llegó justo después de que Selina tomara la decisión de regresar a casa con su familia al darse cuenta

de que ya había prorrogado lo inevitable demasiado tiempo. Había hecho los preparativos para partir de Bath a la mañana siguiente y se alegraba de que la carta no hubiera llegado un día después, porque ahora su destino era Londres.

Selina se sintió un tanto desconcertada por su recepción al llegar a Londres dos días después. Julia acalló sus disculpas por llegar antes de tiempo con un ademán y la interrumpió a mitad de explicación diciendo:

—Es mejor así. Podremos comenzar de inmediato.

Entonces procedió a rodear a Selina, quien estaba de pie en medio del salón, y a escudriñarla con aire crítico.

—Pues supongo que tendremos que conformarnos —dijo por fin, y Selina sintió la necesidad de disculparse por su ineptitud, aunque no tenía ni idea de lo que estaba diciendo su anfitriona.

Al percatarse de que convendría dar algún tipo de respuesta, Selina contestó:

—¿Cómo dices?

Julia, a quien había sacado de su ensimismamiento, soltó una risa tintineante y se disculpó por su extraño comportamiento.

—Te lo explicaré todo en breve, pero estoy esperando a que mi primo, lord Cassidy, llegue.

Selina asintió, todavía sin entender nada, y Julia comenzó a parlotear emocionada.

—Por favor, ven y siéntate para que podamos rea-

nudar nuestra amistad. Dime, ¿qué has estado haciendo durante estos... de veras han transcurrido cinco años?

Selina le aseguró que habían pasado cinco años desde que se vieron por última vez y le relató su ocupación como acompañante de Mrs. Ossory.

—Qué situación más deprimente —dijo Julia.

—No fue desagradable en absoluto, aunque sí echaba en falta a compañeros de mi misma edad. Bath se ha convertido en el destino predilecto de los septuagenarios que buscan la fuente de la juventud.

—Lo entiendo perfectamente. Yo misma encuentro a los extranjeros soporíferos. —Antes de que Selina pudiera explicarle que en realidad no la había comprendido, Julia continuó—: Y no me cabe duda de que encontraste poco con lo que entretenerte. Aquí en Londres te trataremos mucho mejor.

Selina, quien comenzaba a recordar lo egoísta que solía ser Julia, dudaba bastante de la verdad de sus palabras, pero sintió que sería grosero contradecir a su anfitriona. Entonces se le obsequió con un recital acerca de las delicias que la aguardaban. Sin embargo, como la conversación de Julia consistía en su mayoría de nombres que Selina estaba destinada a conocer, pero que en aquel momento no significaban nada para ella, le resultó complicado aparentar mostrar interés. Por eso mismo se sintió muy aliviada cuando lord Cassidy llegó por fin.

Julia hizo las presentaciones y Selina contempló a lord Cassidy con interés mientras pensaba que no lle-

vaba ni dos horas en Londres y ya había conocido a un joven caballero. No obstante, el interés se tornó diversión cuando decidió que Cassie, tal y como él insistía en que lo llamara, podría haber escapado de una de las caricaturas de Cruikshank.

Sus rasgos, aunque agradables, parecían en cierta forma exagerados, ya que sus ojos, orejas y nariz daban la sensación de ser demasiado grandes para su rostro. Sus brazos y piernas eran largos y delgados; sus prendas, aunque caras y a la moda, lucían arrugadas. Y a pesar de que la sonrisa que dirigía a Selina era cordial, su expresivo rostro esbozaba un ceño fruncido siempre que miraba en dirección a su prima Julia.

—Bueno, ahora que mi primo nos acompaña, he pensado en explicarte la razón por la que te he invitado a Londres —manifestó Julia una vez que todos estuvieron sentados. Al percatarse de la sorpresa que le causaba a Selina aquella noticia, ya que le había dicho en la carta que la invitaba porque anhelaba el placer de su compañía, se apresuró a explicarse—. Por supuesto, sabes que siempre he disfrutado de tu compañía, querida Selina, la cual es la razón por la que se me ocurrió invitarte en primer lugar; pero también pensé que, mientras residieras en la ciudad, quizá podrías comprometerte a ayudarme con un proyectillo.

—¿Un proyecto? —inquirió Selina cuando Julia vaciló al llegar a esa cuestión y parecía que no le apetecía continuar.

Julia le echó un vistazo a su primo, quien se limitó a esbozar una mueca incluso más feroz en su dirección.

La muchacha siguió impávida, aunque daba la sensación de que le costaba mirar a los ojos a su invitada.

—Quizá «proyecto» no sea la palabra adecuada —profirió—. Es más bien una bufonada.

—Uf —resopló Cassie mientras ponía los ojos en blanco.

Su prima lo ignoró y continuó:

—Verás, hay un joven caballero, un tal Mr. Malcolm, bien conocido por su arrogancia. Me destacó entre el resto tras agasajarme con toda clase de atenciones, pero después me humilló al retirar su petición de mano.

—¡Cuán espantoso! Lo lamento mucho.

Julia rechazó las muestras de compasión de Selina con un gesto impaciente.

—Sí, fue bastante desagradable, en especial cuando descubrí que dispone de una lista en función de la cual me juzgaba y con la que determinó aquello de lo que carecía.

—¿Tiene una lista? ¿Qué clase de lista?

—Se trata de una lista de los requisitos que busca en una esposa. Sin embargo, se cree superior al resto de nosotros, pues dichos requisitos son inalcanzables. Me encantaría ver a Mr. Malcolm llevarse su merecido gastándole una pequeña broma. Y he recordado que en la escuela siempre te apuntabas a cualquier tipo de treta. —No le concedió oportunidad alguna a Selina de poner objeciones a aquella concepción de su persona, aunque ella misma no recordaba nada parecido, y continuó—: He pensado que, si te presentáramos

como la mujer ideal que está buscando, y después le diéramos a entender que tú dispones de tu propia lista según la cual él no cumple con los requisitos, eso sería un ejemplo perfecto de justicia poética.

—Pero, Julia, si es tan arrogante y quisquilloso como cuentas, sin duda tampoco atraeré su atención.

—Existe esa posibilidad, pero, aun así, estás mejor informada de lo que estaba yo o cualquier otra dama. Conoces la lista y, bajo mi tutela y la de mi primo, tienes muchas más posibilidades de cumplir con sus requisitos.

Selina echó un vistazo en dirección a lord Cassidy; se preguntó cómo podría aconsejarla aquel hombre desgarrado y de aspecto cómico acerca de las artimañas femeninas necesarias para atraer a un hombre elegante de gustos tan particulares. Él se percató de su mirada dudosa y explicó:

—Malcolm es buen amigo mío. Lo conozco mejor que nadie.

—Y ¿está de acuerdo en que merece esta burla? —inquirió Selina.

Julia contestó antes de que pudiera hacerlo su primo.

—Pues claro que lo está. Si no lo estuviera, no nos habría ofrecido su ayuda. —Cuando Selina continuó protestando, Julia declaró con impaciencia—: No me seas remilgada, Selina. No le vas a hacer nada a Mr. Malcolm que él no le haya hecho ya a más de una jovencita, incluida yo misma.

—Tan solo me parece que tu bufonada está condenada al fracaso. Si tú no has conseguido cautivar a Mr.

Malcolm, Julia, dudo que siquiera se digne a mirar en mi dirección.

Cassie se preguntó qué respondería a aquello su prima. Sabía que detestaba estar a la sombra de cualquier mujer, pero no cabía duda de que, en comparación con Selina, Julia perdía esplendor. Mientras que los cabellos de Julia eran de un rojo apagado, los de Selina eran de un oscuro e intenso color caoba. Mientras que los ojos de Julia eran de un verde pálido, los de Selina eran de un lustroso verde esmeralda. Mientras que la tez de Julia era de un pálido elegante, la de Selina tenía un tinte dorado, casi como si estuviera brillando. Cualquier caballero miraría en dirección a Selina y, una vez que lo hubiera hecho, no apartaría la mirada.

No obstante, Julia no mencionó nada de aquello.

—Si bien es cierto que no eres una belleza en el sentido clásico, creo que en el escenario correcto y con un conjunto de situaciones favorables puedes llamar la atención de Mr. Malcolm —declaró.

Selina sacudió la cabeza y dijo:

—No creo que...

—Debo decir —interrumpió Julia— que esta broma es lo único que me ha tentado a volver a aventurarme a entrar en sociedad. Espero que accedas a ayudarme o tendremos que acortar tu agradable visita. Dudo que esté de humor para socializar.

Selina captó lo que Julia quería decir al instante. La habían invitado con un propósito en mente, el de ayudar a Julia a darle una lección de humildad a Mr. Mal-

colm. Si se negaba a auxiliarla en su tentativa, se le cerrarían todas las puertas a la sociedad londinense. Suspiró mientras sopesaba sus opciones. Por mucho que le desagradara la idea, sí que sonaba a que Mr. Malcolm cosecharía lo que había sembrado. Y siempre existía la muy certera posibilidad de que ni siquiera se percatara de su existencia, en cuyo caso Julia no la culparía del fracaso de su plan.

—¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó Selina, y Julia sonrió triunfante.